

Mikhailov y el Arte Conservador

por Sebastián Salazar Bondy

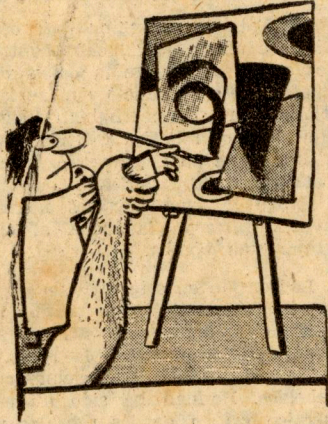
23/9/58

Muy sutil tiene que ser aquel que pueda establecer la diferencia esencial que existe entre "arte bajo cierta dirección" y "arte controlado", variedades de imposición que Nikolai Mikhailov, Ministro de Cultura de la Unión Soviética, ha expuesto en Estados Unidos en una emisión televisada. Ahí, en dicha entrevista, el funcionario ruso ha declarado que las editoras de su país —todas, de una manera u otra, pertenecientes al Estado— sólo publican obras "que ayudan a edificar un nuevo mundo... una sociedad que llamamos comunista", y que un libro de Boris Pasternak (una de las más grandes figuras de la poesía de Rusia contemporánea, cuya palabra ha permanecido en misteriosa mudéz desde hace aproximadamente 20 años) fue rechazado porque "no tenía uso" para la sociedad soviética. Añadió:

"Nuestro pueblo considera que tal arte (el que no "ayuda a edificar un nuevo mundo") está vacío de contenido y falto de todo significado". Todo esto para Mikhailov es arte "bajo cierta dirección", no "arte controlado".

No es posible, por supuesto, saber, a partir de los principios expuestos por este ministro comunista, qué es para él "arte controlado", si no se trata de la obligatoria observación de normas oficiales impuestas a la creación estética. Funciona en esto una suerte de curioso rubor: no se quiere de-

cir claramente que en la Unión Soviética, hay que ajustarse a determinadas reglas preestablecidas, menoscabando la libertad individual, para poder hacer literatura, pintura, música, etc. Se da por sabido que el pueblo quiere esto y no quiere



lo otro, y sobre la base de ese plebiscito tácito se constriñe precisamente al artista revolucionario, al que quiere salir de las corrientes consagradas con un golpe de intuición y audacia, a condenar sus libros al manuscrito inédito, sus cuadros al depósito, sus partituras al silencio. No puede haber rebeldía de ninguna clase en esa sociedad que paradójicamente se llama rebelde, pues toda rebeldía, en el arte como en la vida, implica una ruptura de la costumbre, un salto por so-

bre lo que está anquilosado. La existencia es siempre, en la sociedad ideal con que sueñan los comunistas, o en la que estamos, contenidos o descontentos, los que vivimos a este lado de la cortina de hierro, la elección de un camino en una alternativa. O sea, la vigencia de la libertad.

Si se examina la historia de la literatura y el arte universales, con el esquema marxista o con cualquier otro esquema, no hay modo de no concluir que toda renovación ha sido siempre un ademán que ha contradicho el gusto general. Eso fueron el Renacimiento, el Romanticismo, el Impresionismo, el Simbolismo, y eso fue —aunque parezca mentira— el Realismo Social, que los artistas soviéticos y comunistas de todo el mundo practican y, al parecer, pretender hacer obligatorio. ¿Pero para siempre? ¿No habrá manera de salir de ahí con el fin de expresar más y más? ¿La creación se estancará definitivamente en ese punto? ¿El hombre se detendrá en su innato afán revolucionario y se tornará así conservador? Porque, sin el menor asomo de duda, cuando se afirma que sólo deben admitirse las obras "que ayudan a edificar un nuevo mundo" o las que trasuntan "lo que el pueblo quiere", se niega el trasfondo dialéctico de la historia, el avance gracias al cual el hombre continúa creando. Hitler y Mussolini hablaron también de un arte que contribuyera al Nuevo Orden y dieron normas precisas para el trabajo estético. La España de Franco alienta, por razones de semejante índole, una censura moral, religiosa y política. Y los conservadores de todo el mundo han dado y dan de alaridos cada vez que un genio (El Greco, Wagner, Verlaine, Debussy, Manet y miles más le ilustran) ha roto con lo que creían que era una inviolable tradición.

Imprimir al arte "una cierta dirección", como Nikolai Mikhailov lo proclama, es "controlarlo". Entre una y otra expresión hay grados de intensidad, y la dictadura plena, total, absoluto y asfixiante es sólo cosa de otra vuelta de tuerca.

La masa suele habituarse, sobre todo si se la obliga, a ideas y formas dadas, y sólo algunos individuos profundamente libres le enseñan a salir del callejón en que está metida, por medio de un gesto de rebelión.

El artista lucha por mejorar su medio, por sembrar en el alma de la multitud la agitación contra todo lo que es dogma, tinieblas, mentiras, miseria material y espiritual. Le enseña, en fin, a levantarse contra el conservadorismo, sea el de la derecha tradicional o el de la nueva izquierda, un tanto maniquea, que domina en la Unión Soviética.

mo de las asociaciones de los, casi prácticamente imposible, el